

# **Petróleo y desarrollo sostenible en Ecuador**

## **3. Las ganancias y pérdidas**

Guillaume Fontaine, editor

# Petróleo y Desarrollo Sostenible en Ecuador

## 3. Las ganancias y pérdidas



© De la presente edición:  
**FLACSO, Sede Ecuador**  
La Pradera E7-174 y Diego de Almagro  
Quito – Ecuador  
Telf.: (593-2-) 323 8888  
Fax: (593-2) 3237960  
[www.flacso.org.ec](http://www.flacso.org.ec)

**ILDIS-FES**  
Av. República 500 y Diego de Almagro  
Edif. Pucará, 4to. piso  
Telf.: (593-2) 2562103  
Fax: (593-2) 2504337  
[www.ildis.org.ec](http://www.ildis.org.ec)

**Petrobras Ecuador**  
Suiza 209 y Eloy Alfaro. Edificio Azul  
Telf: (593) 22272963 2271156  
Fax: (593) 2459101  
Quito-Ecuador  
[www.petrobrasenergia.com](http://www.petrobrasenergia.com)

ISBN: 9978-67-109-9  
ISBN: 978-9978-67-109-2  
Diseño de portada e interiores: Antonio Mena  
Imprenta: Rispergraf  
Quito, Ecuador, 2006  
1ª. edición: abril 2006

Los coeditores no comparten necesariamente las opiniones vertidas por los autores ni éstas comprometen a las instituciones a las que prestan sus servicios. Se autoriza a citar o reproducir el contenido de esta publicación siempre y cuando se mencione la fuente y se remita un ejemplar a los coeditores.

# Índice

<b>Presentación</b> .....	11
Introducción: <b>Repensar la política petrolera</b> .....	13
<i>Guillaume Fontaine</i>	
PRIMERA PARTE	
<b>Los determinantes políticos y económicos de la política petrolera</b>	
<hr/>	
Capítulo 1 <b>El contexto internacional</b>	
<hr/>	
<b>Geopolítica del petróleo, desarrollo e integración en América Latina</b> .....	27
<i>Victor Hugo Jijón</i>	
<b>Políticas estatales, conflictos socio ambientales y ampliación de las fronteras extractivas</b> .....	43
<i>Pablo Ortiz T.</i>	
Capítulo 2 <b>Las dimensiones económicas</b>	
<hr/>	
<b>Petróleo y estrategias de desarrollo en el Ecuador: 1972-2005</b> .....	57
<i>Carlos Larrea</i>	
<b>Auge petrolero y enfermedad holandesa en el Ecuador</b> .....	69
<i>Marco Naranjo Chiriboga</i>	

Efectos de la maldición de la abundancia de recursos naturales . . . . .	87
<i>Alberto Acosta</i>	

### Capítulo 3

#### Las dimensiones tecnológicas

---

Sostenibilidad energética y cooperación internacional . . . . .	113
<i>Manuel Echeverría</i>	

La recuperación mejorada de petróleo: una alternativa productiva y de sustentabilidad ecosistémica . . . . .	123
<i>Fernando Reyes</i>	

Formulación de la política petrolera . . . . .	137
<i>Patricio Baquero Tenesaca</i>	

Comentarios en torno a la apertura petrolera . . . . .	155
<i>Walter Spurrier Baquerizo</i>	

## SEGUNDA PARTE

### Las implicaciones sociales y éticas de la política petrolera

---

### Capítulo 4

#### Los problemas socio ambientales

---

El petróleo como fuente de conflicto ambiental urbano: Esmeraldas bajo la influencia de una refinería . . . . .	169
<i>Jorge Jurado</i>	

Petróleo, pueblos indígenas y biodiversidad . . . . .	189
<i>Esperanza Martínez</i>	

La biodiversidad como recurso estratégico para los pueblos indígenas y su relación con la actividad petrolera en el Ecuador . . . . .	205
<i>Rodrigo de la Cruz</i>	

## Capítulo 5

### Los problemas territoriales

---

<b>Territorios y pueblos indígenas en la dinámica petrolera amazónica</b> . . . . .	219
<i>Santiago Kingman</i>	
<b>Circunscripciones territoriales indígenas</b> . . . . .	235
<i>Leonardo Viteri G.</i>	
Testimonio: <b>Desarrollo económico versus plan de vida</b> . . . . .	245
<i>Máximo Cuji</i>	

## Capítulo 6

### La responsabilidad de las empresas

---

<b>La responsabilidad social empresarial y la industria hidrocarburífera en el Ecuador</b> . . . . .	253
<i>Francisco Veintimilla C.</i>	
Testimonio: <b>La política de responsabilidad corporativa de EnCana</b> . . . . .	263
<i>Fernando L. Benalcázar</i>	
<b>Responsabilidad cultural: El reto de la inclusión de los derechos culturales</b> . . . . .	275
<i>Juan Carlos Franco</i>	
<b>Hacia una política petrolera orientada al cumplimiento de los derechos humanos</b> . . . . .	287
<i>Mario Melo</i>	
Testimonio: <b>Los quichua de Sarayacu frente a la actividad petrolera</b> . . . . .	299
<i>Marlon Santi</i>	
<b>Bibliografía</b> . . . . .	309

<b>Anexos</b> .....	321
<b>Presentación de los autores</b> .....	355
<b>Índice general de la trilogía</b> .....	363

Primera parte  
**Los determinantes políticos y económicos  
de la política petrolera**



Capítulo 1  
**El contexto internacional**

# Geopolítica del petróleo, desarrollo e integración en América Latina

Víctor Hugo Jijón

Repensar la política petrolera es repensar la interdependencia, la dominación y la guerra. Por lo mismo, es también repensar las formas de la emancipación, de la paz y del desarrollo humano sustentable. En efecto, desde el advenimiento de la sociedad moderna y el uso industrial del petróleo, este combustible fósil ha sido motivo de diversas disputas por su apropiación, dada su triple e inigualable cualidad de constituir al mismo tiempo materia prima, fuente de energía y fuente de divisas. En la actualidad, un alto consumo energético caracteriza a la economía moderna, enmarcada en un vasto complejo planetario de interconexiones operacionales y financieras de enormes costos, que reflejan una interdependencia geo-económica sin precedentes, en general asimétrica, pues los grandes centros de producción petrolera no coinciden con los de consumo, y los países más consumidores son los menos poblados del planeta, generándose rivalidades, conflictos, vulnerabilidades y temores muy graves que pueden desembocar en la intervención militar a fin de asegurar el abastecimiento de crudo.

A mediano y largo plazos, el impacto del crecimiento económico y del crecimiento demográfico sólo podrá ser equilibrado mediante la disminución anual de la intensidad energética, como consecuencia del efecto combinado de los cambios estructurales en la economía, los avances tecnológicos y el incremento del costo de la energía. Esto no está al alcance de todos los países, muchos tendrán serias dificultades para no sucumbir a una suerte de “darwinismo energético” que la predominante economía de mercado globalizada ya ha impulsado.

Así las cosas, en momentos en que la época del petróleo barato llegó a su fin y que las exigencias de competitividad en la industria y el comercio internacional tienen diferentes incidencias según las regiones y los continentes, cabe interrogarse sobre las perspectivas de desarrollo de América Latina en medio de la configuración general del poder económico mundial a partir de un eje fundamental: la posesión de reservas petroleras, el acceso a su producción y el control monopólico de su industrialización y comercialización como derivados combustibles.

### **Globalización económica y concentración de capital**

Como es conocido, la globalización de la economía no es un fenómeno históricamente nuevo, se remonta a los orígenes del capitalismo y a su extensión territorial para abrir nuevos mercados y explotar los recursos naturales encontrados (Ferrer, 1999; Ceceña y Barreda Marín, 1995). El avance tecnológico industrial, especialmente en el transporte, permitió la rebaja de los fletes y la integración y ocupación de regiones antes aisladas del mercado global. Sin embargo, las versiones más tempranas fueron relativamente diferentes de la versión moderna, en cuanto a su magnitud, velocidad, forma e impacto, y, sobre todo, en su intencionalidad (Laidi, 1998). En la actualidad, las grandes corporaciones transnacionales, los bancos y la alta burocracia internacional se han convertido en los actores principales de este proceso, limitando y usurpando las prerrogativas, hasta entonces, reservadas a los Estados.

La combinación de la internacionalización productiva con las políticas neoliberales adoptadas por los principales países industrializados, interesados en estabilizar los precios y reducir la inflación, determinó la ruptura con la etapa anterior de la economía internacional que marcó el siglo XX. Durante los años ochenta, Ronald Reagan en Estados Unidos y Margaret Thatcher en Gran Bretaña impulsaron e impusieron programas fundados en el “achicamiento” del Estado, es decir en las privatizaciones, en la desregulación de los mercados y en la reducción de la carga impositiva para los grupos de mayores ingresos (George, 1999). El neoliberalismo cobró auge, surgió el “Consenso de Washington”, aparecieron los “programas de estabilización económica y ajuste estructural”; el FMI, el

Banco Mundial, la OMC y otros organismos similares asumieron el papel de gendarmes de un nuevo orden económico mundial. La inflación se redujo, pero al precio de disminuir la inversión productiva, de incrementar gravemente el desempleo y la pobreza, y de aumentar vertiginosamente el capital financiero, desvinculándolo de la realidad económica y propiciando la especulación.

Al desaparecer la Unión Soviética y el llamado “bloque socialista”, el mundo bipolar de la “guerra fría” pasó a ser unipolar, bajo hegemonía estadounidense. La economía de mercado se extendió rápidamente por todas las latitudes con su cortejo de apertura comercial, privatizaciones, flexibilidad laboral y explotación irracional de los recursos naturales. La supuesta “modernización” desmanteló el aparato productivo en varios países y causó serios deterioros del medio ambiente y estragos en los ecosistemas.

Al comenzar el siglo XXI, cerca del 80 % del comercio mundial se realiza en el hemisferio norte, en y entre Estados Unidos, Europa y Japón, en donde se concentran 2/3 del PIB mundial y 4/5 de los flujos de inversión extranjera (UNCTAD, 2003). En el 2000, las corporaciones transnacionales sumaban más de 63 mil casas matrices, con alrededor de 690 mil filiales distribuidas en todos los continentes que abarcan más de 1/3 de la producción mundial y cerca de 2/3 del comercio internacional, correspondiendo la tercera parte del mismo a transacciones intrafirma. Esta particularidad es muy importante tener en cuenta, al momento de comparar índices de importación y exportación de los países, pues son intercambios que no reflejan realmente competitividades nacionales.

La internacionalización y concentración del capital no es, sin embargo, un fenómeno homogéneo, existiendo grandes diferencias de magnitud y proyección según las cuatro mayores funciones administrativas empresariales: producción, ventas, personal y finanzas. Esto, a su vez, está muy relacionado con la rama productiva y las respectivas estrategias empresariales de inserción en el mercado mundial, dando como resultado una distribución geográfica y sectorial muy heterogénea (Jijón, 2000). Entre las 500 empresas más importantes del planeta, los Estados Unidos cuentan con 227 (45%) Europa Occidental con 141 (28%) y Asia 92 (18%). Estos tres bloques regionales controlan el 91% de las empresas transnacionales del mundo, notándose que de estas 500 empresas, América Latina, Medio

Oriente y África poseen apenas 11<sup>1</sup>. Por otra parte, según la UNCTAD, en 1998 los activos de las filiales en el extranjero de las 100 mayores transnacionales no financieras representaban el 12,5 % de los activos totales, reflejando así la enorme concentración de capital (UNCTAD, 2000).

Concomitante con esta avasalladora extensión de la globalización neoliberal, el mundo vivió un acelerado empobrecimiento y exclusión social. La descapitalización nacional redujo las inversiones productivas y, con ello, se incrementó el desempleo, la desocupación y la emigración masiva desde los países subdesarrollados a los más industrializados, en busca de oportunidades para mejorar la calidad de vida. La ONU y el propio Banco Mundial estiman que más de 1.200 millones de personas sobreviven con menos de 2 dólares diarios y, de ellos, cerca de 700 mil con menos de 1 dólar diario.

### **La nueva arquitectura petrolera mundial**

Luego de más de dos décadas de fraccionamiento ocurrido entre 1972 y 1997, en razón de las iniciativas nacionalistas de varios países productores miembros de la OPEP, la tendencia actual de las grandes empresas petroleras es la integración vertical. En 1970, las siete principales transnacionales y la URSS representaban una integración de operaciones que cubría cerca del 60 % del total de la industria internacional, mientras que para 1980, sólo representaba el 30% . Así mismo, las siete transnacionales, en 1972, producían más crudo del que refinaban y comercializaban; para 1985, sólo dos, British Petroleum y Shell, mantenían esa característica; pero, para 1997 todas las empresas se volvieron más refinadoras que productoras de crudo, aunque casi la mitad del volumen que refinan lo tienen que adquirir de los mercados, lo que las hace dependientes de las fluctuaciones del precio del petróleo (Gallina y Smith, 2001).

Tres son los mecanismos de reintegración: la adquisición de activos o la fusión; la asociación en empresas conjuntas; y la asociación a través de contratos de suministro o contratos de exploración y producción de riesgo y producción compartidas. En general, quienes menos reservas probadas de crudo poseen, buscan adquirir directamente los activos de quienes sí dis-

---

1 The Financial Times, "Special Report Global 500", Nueva York, mayo, 2004.

ponen de aquello, o fusionarse con ellas para asegurar un alto volumen de refinación y, en consecuencia, de comercialización de derivados.

La adquisición directa comenzó desde principios de los ochenta, siendo los principales movimientos: la compra de Conoco por Dupont; de Marathon por US Steel; de Gulf por Chevron; de Getty Oil por Texaco; de Superior Oil por Mobil; y más recientemente, de una porción de Unocal por Tosco; de Caltex por Nippon Oil; de Amerada Hess por Petro Canada; de Norcen por Union Pacific y de Union Texas por Arco. Todas estas adquisiciones han sido del orden de varios miles de millones de dólares. Sin embargo, las fusiones han sido el mecanismo más socorrido en los últimos tres años, destacándose la unión de Exxon con Mobil; BP con Amoco y más recientemente con Arco; Total con Fina; Repsol con YPF; Ampotex con Mobil; Ultramar con Diamond Shamrock (UDS); Kerr-McGee con Oryx; y Nippon con Mitsubishi Oil<sup>2</sup>.

Tanto las adquisiciones como las fusiones han incrementado el grado de integración vertical de las empresas participantes, con serias ventajas para varias de ellas<sup>3</sup>. Chevron aumentó 19 barriles de cada 100 que ingresaban a sus refinerías luego de absorber a Gulf. Quizás el mejor negocio de este tipo lo realizó Repsol de España al comprar YPF de Argentina por una bagatela en la época de privatización eufórica propiciada por Menem; con lo cual, de simple refinadora y comercializadora ahora posee los dos tercios del crudo que procesa.

Por otro lado, las presiones privatizadoras de los organismos multilaterales de crédito a los gobiernos de los países productores si bien en algunos casos fueron letales (Argentina, Perú, Guinea, Bolivia, Colombia), su éxito es relativo y las empresas estatales de los principales de ellos siguen siendo tales, aunque ya no controlan la misma cantidad de reservas que antes, en razón de la apertura a la inversión privada concedida en beneficio de compañías transnacionales.

La propiedad estatal controla mayoritariamente el acceso al recurso hidrocarburífero y a sus reservas explotables, mientras que la propiedad privada impera en la fase clave de la venta de derivados con valor agregado

---

2 Petroleum Intelligence Weekly, varios números, 1998 y 1999.

3 Por grado de integración vertical se entiende el volumen de producción propia que entra a las refinerías de una empresa.

(Cf. Cuadro 1). Esta asimetría convierte a los hidrocarburos en un recurso estratégico de primera magnitud, ante todo por la permanencia de un modelo de desarrollo mundial basado en la preponderancia de los combustibles fósiles.

<b>Cuadro 1</b>				
<b>Participación de las empresas estatales y privadas en las distintas áreas de negocio</b>				
	<b>Upstream</b>		<b>Downstream</b>	
	<b>Producción</b>	<b>Reservas</b>	<b>Capacidad de refinanciación</b>	<b>Ventas de productos</b>
Empresas estatales con > 50 %	81	55	41	35
Empresas privadas	19	45	59	65

Fuente: Petroleum Intelligence Weekly para una selección de 50 empresas, diciembre de 2001.

## El consumo de energía y la interdependencia global

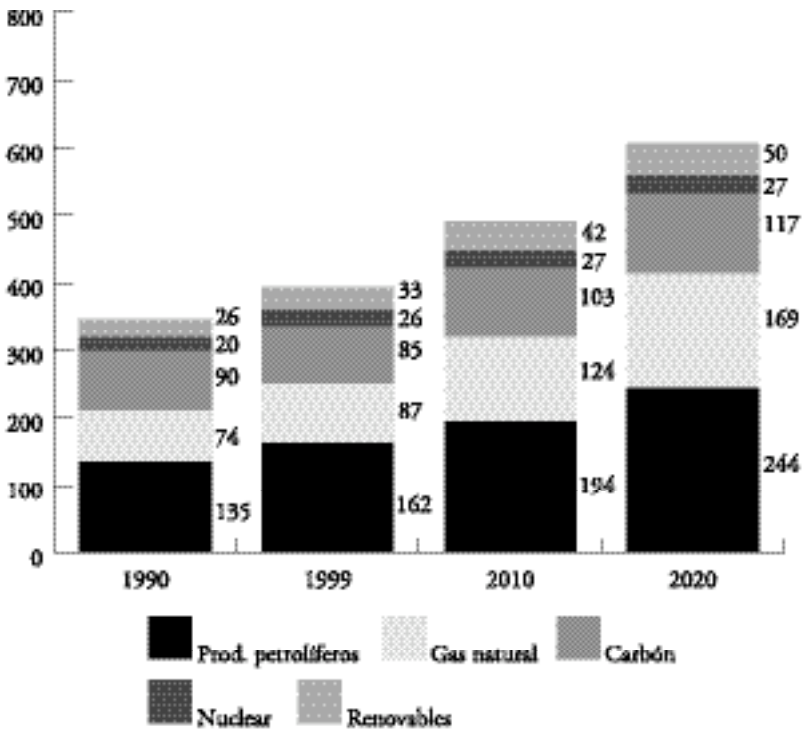
Existen diversos trabajos de prospectiva del consumo energético mundial provenientes de varias agencias oficiales y empresas consultoras, cuya diferencia radica esencialmente en los supuestos de crecimiento económico y poblacional asumidos, en los índices de demanda sectorial y regional, y en los modelos econométricos o energéticos adoptados.<sup>4</sup> En los países industrializados de la OCDE, la demanda hasta el año 2020 crecerá al 0,6 % anual, un ritmo igual al de la población; en cambio que en los países subdesarrollados, la demanda crecerá al 4,5 % anual, 2,5 puntos más que el crecimiento de la población. Esto hace que la demanda energética de los países del Tercer Mundo, que hoy representa el 40 % de la demanda mun-

<sup>4</sup> Ver, por ejemplo, el "World Energy Outlook" de la Agencia Internacional de Energía, o las perspectivas del World Energy Council, o el "International Energy Outlook", publicado por el Departamento de Energía de Estados Unidos; <http://www.eia.doe.gov>

dial, podría representar más del 50 % de la misma en el 2020 y con seguridad llegará a ese monto en el 2030.

Pese a las medidas adoptadas para disminuir el consumo de petróleo, éste mantendrá una proporción cercana al 40% sin que se vislumbre una mayor sustitución por las fuentes renovables o la energía nuclear (Cf. Figuras 1a y 1b).

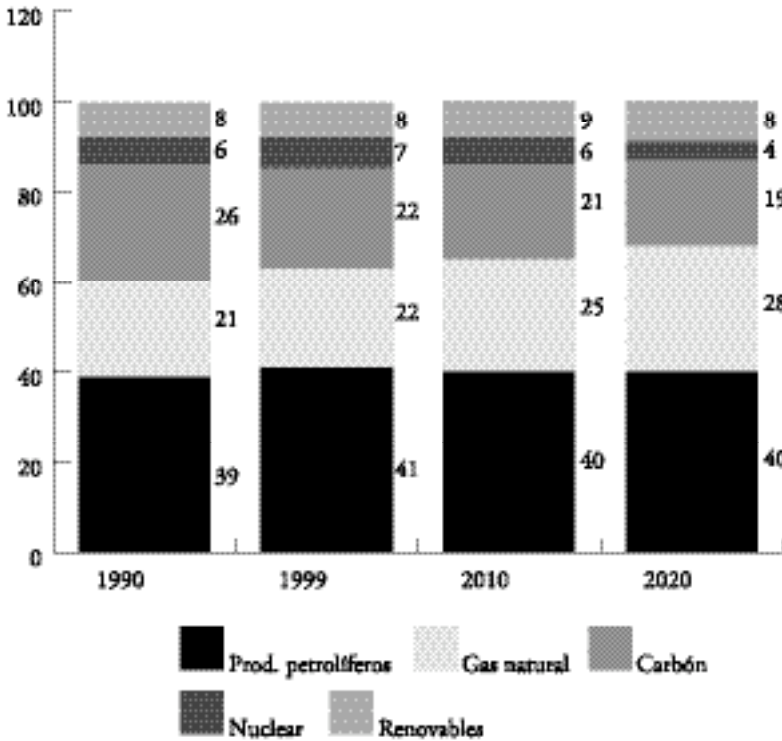
Figura 1a.  
Previsión de consumo mundial de energía primaria (10<sup>15</sup> BTU)



Fuente: Agencia Internacional de Energía, febrero 2001.



**Figura 1b**  
**Previsión de consumo mundial de energía primaria (%)**



Fuente: Agencia Internacional de Energía, febrero 2001.

Por su lado, la cuota de participación de los diferentes sectores económicos en la demanda final seguirá siendo aproximadamente constante a nivel mundial: alrededor del 35% para la industria, el 25% para el transporte y el 40% para los sectores residencial y terciario. La producción mundial de petróleo aumentará alrededor del 65% de la actual, alcanzando unos 120 millones de barriles anuales en el 2030, frente a los 83 millones del 2004. Tres cuartas partes del aumento corresponderán a países de la OPEP, por lo cual la organización pasará a suministrar el 60% del abastecimiento total en el 2030, frente al 40% actual. Para ese horizonte, se prevé que la pro-

ducción de gas se duplique, con una participación del 30% de la ex Unión Soviética; al igual que la del carbón, cuyo mayor crecimiento ocurrirá en Asia, de donde provendrá más del 50% de la producción mundial. Cuestión que explica varios de los “acercamientos” político-económicos de Estados Unidos a Rusia y China para asegurarse enormes inversiones en los sectores estratégicos.

A su vez, dada la preponderancia de los combustibles fósiles, y el caso omiso que hacen al “Protocolo de Kyoto” las grandes potencias, en particular los Estados Unidos, las proyecciones anuncian un incremento de las emisiones mundiales de CO<sub>2</sub> superior al crecimiento de consumo de energía (2,1% anual en término medio), alcanzándose en el 2030 unos 44.000 millones de toneladas, el doble de las emisiones de 1990, con las consecuentes afectaciones atmosféricas (Rossetti di Valdalbero et al., 2004).

### **Las incidencias estratégicas del 11 de septiembre de 2001**

Luego del ataque a las torres del World Trade Center de Nueva York, los Estados Unidos cambiaron su estrategia de “disuasión” y “contención” del comunismo heredada de la Guerra Fría y adoptaron una nueva en respuesta a lo que denominaron “la nueva amenaza”, el terrorismo, con un enfoque distinto del ejercicio del poder mundial, menos ligado a sus socios europeos y a las reglas e instituciones globales, y más dispuesto a actuar en forma anticipatoria y unilateral. Fue así que, en septiembre de 2002, el Senado norteamericano aprobó una nueva versión de la estrategia de seguridad nacional: proteger la soberanía, el territorio y la población de Estados Unidos; prevenir la emergencia de coaliciones regionales hostiles; asegurar el acceso incondicional a los mercados decisivos, a los suministros de energía y a los recursos estratégicos; disuadir y, si es necesario, derrotar cualquier agresión en contra de Estados Unidos o sus aliados; garantizar la libertad de los mares, vías de tráfico aéreo y espacial y la seguridad de las líneas vitales de comunicación.

La articulación del complejo industrial-militar-energético se reforzó, estableciéndose o complementándose 34 bases militares en Asia Central y 7 en América Latina, ubicadas alrededor de los campos petroleros, las cuencas hidrográficas, los acuíferos subterráneos y zonas de biodiversidad.

El presupuesto federal militar pasó de 396.100 millones de dólares en el 2003 (26 veces la suma de los presupuestos militares de Corea del Norte, Sudán, Siria, Irak, Irán, Libia y Cuba, países considerados hostiles) a 450.000 millones en el 2004 y a cerca de 520.000 millones en el 2005 (Yao, 2005; Klare, 2004). Estas erogaciones federales para programas armamentistas han significado un incentivo sin precedentes para la economía estadounidense, con la justificación de que, por cada dólar invertido en la extracción de petróleo del Golfo Pérsico, se requieren 5 dólares adicionales para cobertura militar de seguridad.

Esto ha determinado también la reconfiguración de los comandos militares de Estados Unidos a través del globo, con una nueva arquitectura militar que, en el caso de América Latina, puso al Comando Sur a coordinar los tres niveles “clásicos” de intervención: planes, bases y operaciones (“plan Puebla Panamá”, “plan Dignidad”, “plan Colombia”, bases de Aruba, Antillas Holandesas, Manta, Comalapsa, Soto Cono; operaciones Unidas, Cabañas, etc.) (Mendonca, 2004). A estas medidas castrenses se sumaron las precauciones de adoptar una nueva combinación de todos los servicios de inteligencia: DEA, Departamento de Defensa, CIA, FBI, servicio de aduanas, de guardacostas, etc.

En base a esta estrategia la superpotencia norteamericana pretende enfrentar su principal debilidad: la escasez de recursos hidrocarbúricos propios y su insuficiencia para responder a la demanda interna. Estados Unidos posee apenas el 2% de reservas de petróleo del mundo, produce el 7 % del petróleo mundial, o sea, 5,8 millones de barriles diarios (b./d.), pero consume el 26% del crudo del planeta, con apenas el 4% de su población; es el mayor consumidor mundial y el más grande contaminante atmosférico. Más grave aún, necesita para su consumo un promedio diario de 20 millones de barriles, por lo cual debe importar la diferencia tanto de países de la OPEP como de Canadá, México, Noruega, Gran Bretaña y otros.

Con el ritmo actual de producción, los Estados Unidos tienen crudo para sólo 11 años, y si tuviera que producir con sus reservas todo lo que consume, apenas tendrían petróleo para 4 años. Es por tanto notoria su vulnerabilidad. Por otro lado, se estima que en el 2020 deberán importar el 77% del combustible que consumirán, en cambio que Europa y Japón importarán el 100 % . Esto determina la aguda competencia entre las gran-

des potencias importadoras y sus empresas transnacionales por asentarse en los países con importantes reservas de crudo.

En tales circunstancias, ocupar un país como Irak, que posee el 12% de las reservas mundiales y una duración de 119 años, era una tentación y una prioridad difícil de resistir para los jefes del Pentágono. Se inventaron una amenaza con supuestas armas de destrucción masiva en manos de Saddam Hussein y listo. Luego de invadir Irak, Bush planea restaurar la producción petrolera a 3 millones de b./d. y posteriormente duplicarla, a fin de incidir en los mecanismos de fijación del precio internacional, según la conveniencia y requerimientos de la economía estadounidense, en tremenda recesión y duramente enfrentada a la competencia europea y japonesa. La desigual distribución continental de las reservas, la producción y el consumo se visualiza en las Figuras 2a, 2b y 2c.

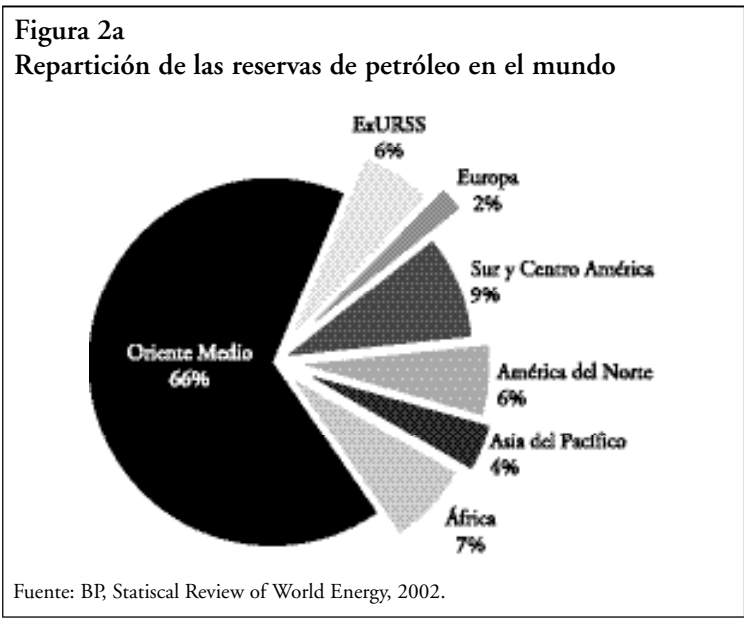
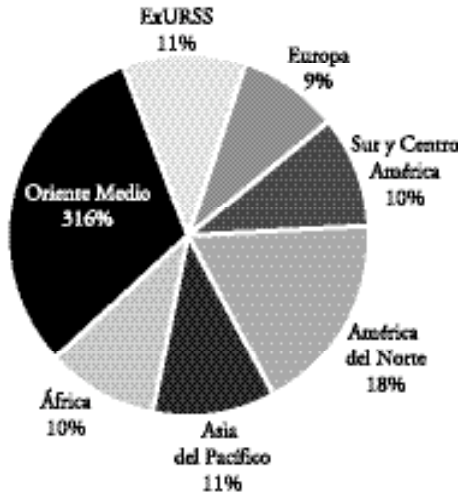


Figura 2b

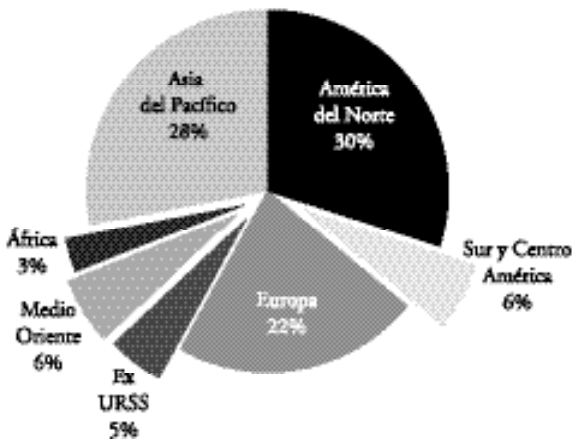
Repartición de la producción de petróleo en el mundo



Fuente: BP, Statistical Review of World Energy, 2002.

Figura 2c

Repartición del consumo de petróleo en el mundo



Fuente: BP, Statistical Review of World Energy, 2002.

## Las perspectivas de integración petrolera latinoamericana

América Latina posee el 11% de las reservas mundiales de petróleo y produce el 15% del crudo internacional, posee además grandes reservas de agua, recursos agrícolas y minerales, y una riqueza inigualable de biodiversidad. A parte de eso, representa el 19,5% de las exportaciones de Estados Unidos y el 15% de sus importaciones. Todo esto pone en evidencia la importancia estratégica de la región y la interdependencia comercial hemisférica.

Sin embargo, en el área hidrocarburífera América Latina y el Caribe presentan una fortaleza aún mal aprovechada, la autosuficiencia. En efecto, el subcontinente exporta 4,7 millones de b./d. de crudo e importa 990.000 b./d.; su capacidad de refinación es de 6,9 millones de b./d. y su consumo de 6,3. Las exportaciones de refinados son de 1,5 millón de b./d. y el consumo de refinados de 1,1 millón. En materia de gas natural la producción regional alcanza los 180.000 millones de m<sup>3</sup>, mientras que el consumo se coloca en los 60.457 millones. Finalmente, en carbón, la región produce 67,6 millones de toneladas anuales y consume 41 millones<sup>5</sup>. En términos generales, el balance energético de la región indica que se cuenta con suficientes recursos energéticos para alcanzar su autoabastecimiento, pero existe insuficiencia de proyectos a desarrollar, a pesar de las necesidades evidentes de abastecimiento y de inversiones en refinación, oleoductos y petroquímica.

Son conocidos los esfuerzos de México y Venezuela por ayudar a resolver conjuntamente, el déficit petrolero de muchos países de la región; el programa de cooperación energética para países de Centroamérica y el Caribe firmado el 3 de agosto de 1980, conocido como “acuerdo de San José” es un ejemplo de ello. Venezuela y México suministran hasta 160.000 b./d. de petróleo y derivados, acordando créditos para financiar el suministro de bienes y servicios o proyectos de desarrollo económico a corto, mediano y largo plazo. En materia petrolera el financiamiento oscila entre el 20 y el 25 %, dependiendo del precio del barril. Venezuela, a través del “acuerdo de cooperación energética de Caracas” (19 de octubre de 2000) y el “convenio integral de cooperación entre Cuba y Venezuela” (30 de octubre de 2000), ha demostrado su voluntad decidida de cooperar en el área energética regional.

5 República Bolivariana de Venezuela, Ministerio de Relaciones Externas, 2004.

Esto ha seguido un proceso más bien acelerado. Una vez superadas las dificultades que produjo el golpe de Estado del 11 de abril de 2002, en julio de ese año ocurrió la II reunión de jefes de Estado de América del Sur, en Guayaquil. El Presidente venezolano Hugo Chávez propone en esa ocasión crear Petroamérica. Así mismo, vencidas las acciones de sabotaje petrolero en PDVSA que se realizaron del 2 de diciembre de 2002 a marzo de 2003, el 12 de agosto de 2003 se firma la “carta de intención” en Trinidad-Tobago: mecanismo para promover la cooperación entre compañías estatales latinoamericanas de petróleo y gas. El 19 de agosto de 2003, nace en Buenos Aires la intención de constituir Petrosur, la cual queda conformada el 8 de julio de 2004 con la “declaración de Iguazú”. Dos días después, en Caracas, surge la idea de Petrocaribe; y apenas un mes más tarde, el 27 de agosto de 2004, en Jamaica, 14 países suscriben el “comunicado conjunto”.

La propuesta venezolana ha sido recibida generalmente con confianza en el ámbito regional, pues se trata de un aporte a los esfuerzos bilaterales y multilaterales que se vienen haciendo desde tres décadas por alcanzar soluciones energéticas conjuntas, que fortalecen el proceso de integración de América Latina y el Caribe. Sin embargo, hay debilidades que se deben superar: diferendos fronterizos, inconsistencia política de algunos gobiernos con respecto al proceso de integración, limitado desarrollo tecnológico en áreas específicas del sector energético, lo cual obliga a negociar con el capital transnacional. A esto se suman restricciones en la capacidad de los países para financiar proyectos de refinación, transporte y petroquímicos, y la presencia en muchos de ellos, de empresas transnacionales que manejan el sector petrolero de manera parcial o total (Lora, 2004). A estas debilidades se unen las amenazas reflejadas por la presión de Estados Unidos y del gran capital transnacional por forzar la apertura indiscriminada a las inversiones extranjeras, sin asumir mayores riesgos exploratorios y aprovecharse de campos ya descubiertos.

La iniciativa integracionista venezolana cobra mayor significado al ubicarse en una tendencia a establecer alianzas estratégicas complementarias con otros países, a fin de generar espacios de resistencia a la dominación imperial: acuerdo de cooperación en el sector de hidrocarburos, y un memorando de entendimiento entre PDVSA y ONGC Videsh LTD de la

India; acuerdo de cooperación económica con Argentina; cinco acuerdos entre PDVSA y CNPC de China; catorce convenios entre PDVSA y Petrobras; memorando de entendimiento entre PDVSA y Gazprom de Rusia. Dada la importancia de los hidrocarburos para el desarrollo, salta a la vista que los Estados que no tienen soberanía energética mal pueden hablar de soberanía plena. Y para ejercer autonomía energética no es suficiente disponer de un porcentaje de la producción “en boca de pozo”, sino garantizar el control estatal de toda la cadena productiva, de la extracción a la industrialización y comercialización.